

Aparte de las dificultades que plantea la interpretación de la ciudad de *República* como un proyecto practicable, dado que para Platón cumple ante todo la función de punto de comparación analógica con la estructura del alma, también es problemática la reducción de Kallipolis a una oligarquía tradicional. Platón no fue nunca demócrata, ya que su concepción del conocimiento humano y de las diferencias naturales entre los seres humanos son incompatibles con la teoría y con la práctica de la democracia, pero ni la ciudad de *República* ni la de *Leyes* son fácilmente reductibles a modelos oligárquicos o de cualquier otra índole clasificatoria habitual. Por ejemplo, el comunismo de *República* o las dificultades puestas al enriquecimiento en Magnesia no resultarían atractivas a ninguna aristocracia histórica helénica.

Por lo que respecta a la supuesta aceptación de presupuestos democráticos en *Leyes*, hay que señalar que los ciudadanos de Magnesia son producto de una invención utópica lo que hace de ellos ciudadanos *mesoi*, ni ricos en demasía, ni excesivamente pobres. Sin embargo, en una ciudad histórica, como hubiera señalado Aristóteles, lo que abundan son los pobres, los trabajadores por cuenta ajena. En esa ciudad pensada por Platón, todos los ciudadanos han de ser instruidos en libertad por los preludios legales. Sin abordar la cuestión de si estas introducciones a los textos legales en sí son, y en qué medida, argumentaciones dirigidas a la razón, hay que señalar que el Académico no pensó ni por un momento en la posibilidad de razonamientos alternativos, o en el debate abierto entre los ciudadanos. Al contrario: cabe sospechar que, incluso por lo que respecta al Consejo Nocturno y a los *nomophylakes*, la capacidad de maniobra para cambiar lo establecido por el legislador fundacional era mínima.

Finalmente, Samaras atribuye a Platón la primacía en la idea de constitución mixta que Aristóteles, Polibio, Maquiavelo y los

Padres Fundadores de la constitución americana habrían ulteriormente explotado. Lejos de haber demostrado la existencia de elementos constitucionales mezclados en Magnesia, Samaras da por correcta la interpretación habitual acerca de una corriente política moderada, defensora de un programa de constitución mixta; identificable, además con la figura histórica de Solón. Es de señalar la falta, en esta parte del libro, de una argumentación basada en el conocimiento directo del problema y las fuentes relativas al mismo.

Laura Sancho Rocher

CRUZ ANDREOTTI, G. y MORA SERRANO, B. (eds.): *Unidades étnicas-identidades políticas en el mundo prerromano hispano*. Málaga: Universidad de Málaga, 2004, 176 pp.

Los estudios sobre las etnias de la Península Ibérica vuelven a estar de actualidad. Cuando la historiografía de las décadas de los 70 a 90 del siglo pasado, centrada en la historia económica y social, parecía que había relegado los viejos estudios sobre etnias y culturas a un estadio ya superado de la historiografía, en gran medida porque los supuestos metodológicos con que se habían elaborado no permitían más desarrollo, los problemas relativos a la identificación y caracterización de las distintas poblaciones prerromanas vuelven a suscitar el interés de los historiadores. Ya no se trata, naturalmente, de volver sobre los pasos de la *Paleoetnología de la Península Ibérica* de Pere Bosch Gimpera, una de las obras más representativas de aquella etapa, que se centró, sobre todo, en la identificación de los distintos grupos étnicos con las diferentes culturas materiales exhumadas por la arqueología, sino de, aprovechando sobre todo nuevos enfoques procedentes, principalmente, del campo de la Etnología y los nuevos avances en el campo de la

epigrafía y la numismática antiguas de la Península Ibérica, dilucidar qué realidades se encubren bajo las diferentes denominaciones de los distintos pueblos peninsulares que citan las fuentes antiguas. Esta tarea, naturalmente, comprende un doble aspecto: por una parte, definir los elementos raciales, lingüísticos, culturales, políticos, religiosos, etc., que pueden caracterizar a dichas etnias; pero, por otra, preguntarse también por el *proceso de conocimiento* que tuvieron de ellas los autores clásicos. Actualmente se persigue la definición de la etnia y la etnicidad de una manera más compleja. En este sentido, una de las obras más influyentes ha sido la de J. Hall, *Ethnic identity in Greek Antiquity* (Cambridge, 1997), que, explícita o implícitamente, ha influido en la mayor parte de los autores que participan en este volumen.

Es lo que sucede con las contribuciones de M.^a Cruz Cardete del Olmo («Ethnos y etnicidad en la Grecia clásica») y Margarita Díaz Andreu («Ethnicity and Iberians. The archaeological crossroads between perception and material Culture»). Esta última autora señala que la cultura material no define por sí sola la etnicidad, sino que otros factores, como los gustos restringidos de una aristocracia o modas culturales pasajeras, pueden influir también en ella. La definición de etnicidad comporta varios tipos de identificación: parentesco, religión, estatus, y depende de la posición del interlocutor. Por su parte, Cardete del Olmo se fija especialmente en las oposiciones entre jonios y dorios, según se gestan en el contexto de las dos principales guerras de la época clásica: las Guerras Médicas y la Guerra del Peloponeso. Su trabajo, que hubiéramos deseado más extenso dada la riqueza de la documentación disponible sobre esta época, constituye, sin embargo, una muy estimable introducción al conjunto de la obra.

La contribución de P. Moret («Ethnos ou ethníe? Avatars anciens et modernes des noms de peuples ibères») se enfrenta al

mundo primeramente conocido por los autores clásicos, el de la vertiente mediterránea. Utilizando muy bien paralelos etnográficos, observa que la etnia no es una realidad fija (ilusión colonialista) sino una construcción histórica en permanente cambio, construida a partir de acciones internas y externas a la vez. Frente al planteamiento de los geógrafos griegos iniciales (Herodoto, Polibio, etc.), en cuya obra las denominaciones étnicas se deben al deseo de clasificar y organizar un mundo bárbaro todavía mal conocido, las fuentes posteriores a la conquista romana, principalmente Plinio, presentan las unidades étnicas ya como la tela de fondo sobre la que se superponen las nuevas unidades administrativas establecidas por los conquistadores.

F. Beltrán Lloris («Nos Celtis genitos et ex Hiberis. Apuntes sobre las identidades colectivas en celtiberia») utiliza en un extenso artículo las variadas fuentes disponibles para el caso celtibérico. Dejando aparte la evolución diacrónica, que desarrolla ampliamente desde la formación arqueológica de la cultura celtibérica en el siglo IV a.C. hasta época imperial muy avanzada, estructuralmente distingue dos niveles de información y de identificación diferentes. Por una parte, las fuentes literarias, en definitiva una documentación exógena, mencionan dos niveles de articulación: la ciudad y la etnia. Por otra parte, las fuentes epigráficas y numismáticas, es decir, fuentes generadas por la misma sociedad celtibérica, mencionan claramente la ciudad y la familia extensa, y tenemos indicios, no muy claros, de una articulación étnica de ciertos grupos (los belos, por ejemplo). Pero ninguna fuente endógena se refiere al colectivo *celtiberi* o al genérico *Celtiberia*, lo que plantea el problema de hasta qué punto los propios celtiberos llegaban a percibir la supuesta unidad que les atribuyen los autores clásicos.

Finalmente, la contribución de J. L. López Castro («La identidad étnica de los

fenicios occidentales») analiza los datos que permiten intuir, en palabras del mismo autor, la existencia de una autoconciencia de los fenicios occidentales en relación a su identidad como descendientes de los tirios en el extremo occidental del Mediterráneo. Aunque, evidentemente, en este caso no estemos en presencia de una entidad, étnica o política, de lo que usualmente suele entenderse por prerromano; sin embargo, su temprana presencia en la Península, su coexistencia con las poblaciones prerromanas y la decisiva interacción que realizaron con éstas, otorga un indudable interés a este estudio en el conjunto de la obra.

En definitiva, el libro, que se abre con una «Introducción» de los editores, es de gran interés tanto por los planteamientos nuevos que ofrece como por las informaciones de detalle acerca de distintas etnias. Ese mismo interés es precisamente lo que hace tanto más lamentar que algunas etnias muy distintivas e importantes de la Península, como puedan ser los lusitanos, que tuvieron un papel tan destacado durante la conquista romana, o los galaicos, con problemas de etnogénesis tan interesantes, no hayan podido encontrar un lugar de tratamiento en él.

Manuel Salinas de Frías

GOUKOWSKY, P.: *Appien. Histoire Romaine. Livre XII. La Guerre de Mithridate*. París: Les Belles Lettres, 2001, clxxxvi + 205 pp., 4 mapas.

Cuando la edición crítica de una obra antigua sobrepasa los límites de lo estrictamente filológico, su utilidad para el historiador se acrecienta considerablemente. A veces, el desconocimiento que los editores de un texto clásico tienen del tema que trata la obra traducida conduce a errores que desorientan al lector y restan calidad al resultado final del trabajo. Sin embargo,

cuando el editor está bien informado, la interpretación de cada frase y el aparato crítico que la acompaña poseen un valor precioso como punto de partida para futuras investigaciones. Tal es el caso de la edición del *Libro Mitridático* de Apiano realizada por Paul Goukowsky para *Les Belles Lettres*. Goukowsky, gran estudioso de Alejandro y buen conocedor de la historiografía helénica, es de partida un especialista que puede aportar interesantes perspectivas a la historia de Mitrídates, en la que no son muchas las monografías existentes a pesar del interés que despierta el tema.

Esta obra presenta, además del texto bilingüe griego-francés y las variantes de los distintos códices y ediciones empleados para la traducción, una amplia introducción de 180 páginas sobre esta obra de Apiano, sus posibles fuentes, y el tratamiento que este autor hizo de los protagonistas de su historia: tanto griegos como romanos, como el propio rey Mitrídates. Es decir, se abordan las diferentes perspectivas de cada una de las partes que intervinieron en la lucha entre Roma y el Ponto, analizando incluso los discursos que el autor de Alejandría incluyó en su *Libro Mitridático*, que ya se empezaron a tratar por McGing¹, y que son todavía un capítulo pendiente en los estudios sobre Apiano. Se incluye además una excelente sinopsis de las Guerras Mitridáticas (pp. xxvi-xliii), que plantean tantos problemas de orden historiográfico, y por tanto resultan difíciles de resumir sin caer en incorrecciones. El estudio de las fuentes de Apiano pone de manifiesto que este *Libro Mitridático* proviene de una amalgama de testimonios yuxtapuestos y a veces contradictorios, y esto se ilustra con una serie de ejemplos claros y significativos que Goukowsky elige (pp. xcvi-c). La introducción se complementa con un prolijo aparato de notas al texto (pp. 125-254), que va discutiendo uno a uno la mayoría de los pasajes problemáticos.

1. MCGING, B. C.: «Appian's Mithridateios», *ANRW*, II.34.1, 1992, pp. 296-522.